

EL DESTORNILLADOR

*José Antonio Marina
Artículo publicado en "La Vanguardia"
6 de diciembre de 2008*

Witold Rybcynski es un interesante historiador de la técnica. En uno de sus libros sostiene que la mejor herramienta inventada en el último milenio es el destornillador. Parece una afirmación excesiva, en el siglo de los cohetes espaciales y la informática, pero al hablar de herramientas o de aperos, estamos hablando de los utensilios más humildes, más próximos a la mano, que son una prolongación suya. La llave inglesa podría haber sido otra opción, o las tijeras, que a mí me parecen un prodigio de ingenio. O la aguja, que ya fue usada por los pueblos prehistóricos.

Me admiran esos objetos –como los inventos de la técnica en general- porque son “inteligencia condensada”. Sin duda, la naturaleza es más eficaz y compleja que la creatividad humana. Nuestro cerebro es la realidad más fascinante, sorprendente y complicada del universo. Pero, hasta donde sabemos, su eficacia ha sido conseguida por un larguísimo proceso evolutivo, dirigido por el azar de las mutaciones y la selección para la supervivencia. En cambio, nuestras creaciones son el resultado de una tenaz búsqueda de la inteligencia. García Bacca, que a mi juicio fue el filósofo español más original del siglo XX, decía que un motor de explosión es la materialización de un tratado de lógica. Y tenía razón: las piezas están ligadas por algo parecido a un argumento. A mí, desde luego, no me importa enseñar a discurrir a mis alumnos, partiendo del funcionamiento de una máquina.

Pero volvamos a las humildes herramientas. Mi afición a la horticultura me ha hecho observar con gran interés y admiración el diseño de los aperos de labranza. Antiguamente no había fábricas que los produjeran, sino que el herrero de cada pueblo los hacía a la medida del cliente, siguiendo sus indicaciones. “Herramienta” procede etimológicamente de “hierro”. Esta relación directa con la práctica iba produciendo un diseño cada vez más adecuado. La azada es posiblemente la herramienta más sencilla, más elemental. Pues bien, he inventariado docenas de modelos distintos, con mayor o menor anchura, inclinación, adecuados a cada labor concreta, a cada tipo de tierra. No es lo mismo una azada para abrir los surcos –un legón- que una azada para escardar cebollinos.

Los escritos de Rybcynski me reafirman en una vieja idea. Sólo conociendo la genealogía de las cosas, su memoria perdida, podemos valorarlas justamente. Mirar sólo lo que hay empequeñece la realidad y la mirada, pues la hace superficial. Necesitamos conocer la tumultuosa vida que hay detrás de cada objeto, de cada institución política, de cada costumbre. Lo mismo pasa en los asuntos humanos. Para saber dónde estamos, tendremos que preguntarnos: ¿cómo hemos llegado hasta aquí? Cuando al mirar vemos las cosas, prolongadas por su genealogía, el mundo alcanza profundidad. Uno de mis maestros, el jurista francés George Ripert, decía que para entender un artículo del Código había que conocer la lucha de fuerzas que condujeron a esa redacción, que ahora parece tan fría. Como me decía un viejo horticultor: "Quien no sabe es como quien no ve". Si sigo así, esta sección acabará convirtiéndose en un "manual de educación de la mirada". No estaría mal.